

CONEXIONES ENTRE LA SEMANA SANTA Y LA REALIDAD SOCIAL

La introducción y desarrollo de la Semana Santa en el Reino de Granada se produce en íntima relación con la realidad social existente desde la conquista del año 1492 hasta la actualidad.

Las procesiones exclusivas de la Semana Santa surgen con la aparición de las cofradías de ámbito penitencial a finales del siglo XIII. En España están ligadas a la llegada de los franciscanos y dominicos. Son cofradías vinculadas con la sangre y el rosario, congregaciones de flagelantes que no llevaban prácticamente imágenes, solamente alguna cruz y posteriormente algún crucificado. Pero la 'filosofía de la sangre' en que los flagelantes iban más por el espectáculo sangriento que por la salvación a través del castigo, recibían muchas críticas.¹

“Santa Teresa, que no era precisamente una persona que se callara las cosas, llamaba a estas procesiones flagelantes “la penitencia de las bestias”, porque entendía que el modo de identificarse con el dolor de Cristo es ayudar a los enfermos y no pegarse porrazos en la espalda hasta quedar sin piel.

...

El Concilio de Letrán en 1215 permitirá que dicha penitencia sea pública en las cofradías, pero con la obligación de que sea anónima para que nadie presuma de ello ni trate de ganar prestigio. Por eso se impone el antifaz para que todos sean igual ante el hecho penitencial, desde el noble hasta la prostituta.”²

Las procesiones de la Semana Santa con imagería, en España y en Granada, comenzaron a raíz del Concilio de Trento (1545-1563); en dicho Concilio se autorizaba a que las imágenes pudiesen salir a la calle desde sus templos, con el objetivo de contrarrestar las ideas del protestantismo que censuraba la adoración de imágenes.

No obstante, por esas fechas en Granada, y hasta el año 1571, se daba una situación particular, como era la presencia mayoritaria de la población morisca nativa, que había sido forzada a aceptar el bautismo en masa en el año 1501, pero cuya

¹ Antonio Bonet, exdirector de la Revista Pasos de la Semana Santa y doctor en Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid.

² Manuel Amezcua, profesor de Historia de la Iglesia del Centro de Estudios Teológicos de Guadix y canónigo archivero de la Catedral y de la Diócesis de la misma localidad.

ascendencia cultural tenía asumido el precedente musulmán de no representar, y menos adorar, figuras iconoclastas, ya fuesen humanas o divinas.

Por otra parte, la afluencia de repobladores castellanos hacia el reino conquistado de Granada daba lugar a una población de procedencia heterogénea en su conjunto, que pretendía organizar su convivencia a pesar del control ideológico asfixiante de la Iglesia católica y del Estado monárquico confesional. En este sentido, la introducción en Granada del Tribunal de la Inquisición en el año 1526, la participación forzosa de la población en algunos actos religiosos de la Iglesia, como la confesión y comunión, y las diferentes pragmáticas reales en orden a imponer y prohibir unas u otras costumbres, lengua y escritura, alimentación, vestuario, celebraciones, tradiciones, etc. constituían elementos de igualación ideológica y cultural dogmática y forzosa.

En este ambiente, la festividad callejera de la Semana Santa no se desarrollará hasta después de la Guerra de las Alpujarras (1568-1570) y de la expulsión hacia Castilla de los moriscos granadinos en 1571.

-oOo-

Vistos estos orígenes, retornamos al presente, en el que todas las transformaciones económicas, tecnológicas, culturales, etc. de siglos, determinan un medio social democrático y plural en el que la Semana Santa se integra como dimensión ética trascendente: **Ética** en cuanto gira en torno a la celebración mítica de un sacrificio desinteresado que se realiza por amor. Y **trascendente** en cuanto sus fundamentos son principios y valores que se concretan en la transformación del entorno personal y del medio social para conducirlos a una realidad más justa y pacífica.

Partiendo de estas premisas, la Semana Santa actual trasciende el fenómeno religioso para alcanzar y constituirse en un fenómeno cultural sin fronteras ni límites dogmáticos y abstractos; abierto, por tanto, desde lo popular hacia la intimidad de toda persona; rebasando y superando los límites institucionales y las identificaciones burocráticas. Su frontera es el hombre. Todo hombre. Por encima de su afiliación, de su fe o de su falta de ella.

La Semana Santa actual no se detiene ante los términos condenatorios de herejía, ateísmo u apostasía. A nadie condena porque aspira a la universalidad de los valores que la impulsan, y cuando sale a la calle se hace pueblo, se funde con el mundo, rompe los muros virtuales de las ideologías y se hace carne sufriente, como la de aquél que murió porque quiso unir a todos los hombres en el amor, en la misericordia...

Antonio Verdejo Martin
Íllora – Semana Santa 2015.